

## La verdad de las cosas

... Pero la verdad misma tiene una historia, exclamaba M. Foucault, un 21 de mayo de 1.973, aquí cerca en la Universidad Católica de Rio de Janeiro.

Al pensar en la verdad, acumulaba espacios dignos de ser calibrados y lo hacía midiendo el saber del siglo XIX, sobre el hombre, sobre los seres individuales, tanto normales como no tanto y conforme su sagacidad inconfundible, haciéndolo desde las prácticas de la sociedad sobre control y vigilancia.

Y aquí juega un elocuente sentido de su indagación distintiva en cuanto señala, que ese saber en relación con las prácticas sociales, obliga a poner en cuestión una advertencia propia de admitir un sujeto de conocimiento consagrado, dado para siempre y entonces como un adminiculo definitivo de la situación del sujeto examinado.

Después, el conferencista introduce sorpresivamente un análisis que parece extraño, casi diríamos ajeno al enfoque propuesto, pero tratándose de Foucault, inevitablemente tolerable y hasta ineludible a pesar de su extemporaneidad aparente. Se trata del análisis de los discursos, de los lenguajes, como adscriptos a sus propias leyes ordenadoras, cuando en realidad, nadie puede excluirlo de una indagación, que Foucault llama “juego estratégico y polémico”, es decir propio del conflicto y antagonismo de la sociedad donde se desarrolla.

Pero, estos mismos aspectos se alinean en orden cambiante, pero aquí están, para que el conferenciante de Rio, los conjugue en observación inteligente, para confluir en “una reelaboración de la teoría del sujeto”... Es el M. Foucault de La verdad y las formas jurídicas, que algunos compaginaron en su cuidadoso título de estrategias de poder, que se conoció en 1.994 y que nosotros lo leímos, con devoción, en 1.999 (Ed. Paidós), es decir un poquito más de un cuarto de siglo después de Rio de Janeiro, un suceso inolvidable para muchos.

Y la ubicación foucaultiana, estremece, por que señala la influencia del análisis del sujeto, conmocionando sus bases cartesianas, por parte del psicoanálisis.

Es que casi cuatro siglos, desde el discurso del método, del “yo pienso, luego soy”, del “cogito ergo sum”, instalado como base solidificada del “ser”, del “sujeto verdadero”, como núcleo petreo, suficiente, fundamental de todo como cimiento y desde el cual la verdad podía devenir, eclosionaba, se creaba, para Foucault y llegaba en el psicoanálisis, un cuestionamiento ineludible, en el campo de la epistemología.

Así comenzaba un proceso en el cual el sujeto no está dado, definitivamente edificado, como “aquello a partir de lo cual la verdad acontece en la historia...” tal como señalaba el profesor francés en aquel tiempo del mayo, en el Rio Brasileiro del 73.

Pero ese sujeto devendrá, es cierto, del interior mismo de la historia, allí donde se generó y se desarrolló y allí, donde a cada instante se derrumba, recompone y se proyecta, entonces unido a su entorno, contextualizado con esa historia naciente en cada suceso, tiempo y espacio propio.

Ese es el ámbito, el cósmo múltiple, complejo, vital y socialmente inabarcable, desmesurado como la desmesura más desmesurada, del infinito humano y social, que con síntesis admirable Foucault, delimita, pensando en el discurso que la abarque, como “el conjunto de estrategias

que forman parte de las prácticas sociales...”; y que Marx traduce causalmente en la estructura sobre determinante del sistema de producción.

### **La historia de la verdad**

No haremos nada para separarnos del discurso o la lectura estratégica que se escuchó en la Universidad Católica de Rio, allá en mayo del 73.

Solo que un cuarto de siglo militante, seguramente nos autoriza a percibir matices que declaren nuestras variantes de las órbitas ineludibles, sin abandonarlas pero acentuando algunos trozos gruesos y otros débiles que indiquen la propia capacidad procesual de entender al sujeto social del que provenimos.

Se trata de nuestras estrategias y de las prácticas sociales en las que se fueron edificando, los sujetos sociales, nítidamente multitudinarios, a los que pertenecemos, siempre críticamente, en tanto ser sujetos, definidos como especie social, es invención social, y por lo tanto inexorablemente crítico, en lucha con la realidad percible.

Así estamos obligados a destrozarnos el sentido de verdad de las cosas a las que nos referimos.

Foucault nos lleva prontamente a la verdad que divide la historia de las ciencias.

Es un preocupante punto de invención de la verdad, porque se ha atrevido a dejar en el largo pasaje de la vida de los seres humanos la interminable operación inventiva de la historia que ocasiona la existencia de Dios.

Sería, la constancia de una verdad de las cosas, que la civilización debió crear en su proceso de invención humana y que nadie ha podido dejar en la sombra de cualquier superación-negación inteligente.

Pero Foucault arranca de la verdad que proviene de la madeja de urdimbre compleja, que ofrece la complejidad de la historia científica.

Utilizará después, como “segundo lugar”, así lo llama, otros lugares, a los que caracteriza como “historia externa” (la de la ciencia sería la historia interna de la verdad...) y sorprendentemente se ubicará, en las reglas de juego, que aparecen desde las “prácticas judiciales...”.

Lo hace despreciando propias convicciones determinativas, por pensar en ese momento de Rio, que tales prácticas constituyen para él una “...de las formas a través de las cuales nuestra sociedad definió tipos de subjetividades, formas de saber y, en consecuencia relaciones entre los hombres y la verdad que merecen ser estudiadas...” (M. Foucault. Estrategia de Poder Paidós. Bs As. 1999. Pág.172).

Esta ubicación, la del segundo lugar de la investigación, aparecería como extemporánea, o al menos banalmente caracterizada, si no se conociera la preocupación formidable del filósofo con el peso del “biopoder” y con el valor asignado al sistema social como integralidad, en esta interrogación suprema al proceso teleológico del poder en el dominio verdadero de las relaciones de los seres humanos entre si y las cosas que los determinan.

El deslizamiento teórico nos conducirá a la convicción substancial del carácter de invención que tiene toda verdad que se precie de tal.

En cada tiempo y lugar, frente al análisis y al entendimiento de los fenómenos, es decir, de las cosas, los seres humanos impulsados por ese “conatus” envolvente que significó la razón objetiva-subjetiva, emprendieron y aun emprenden el distinguido ímpetu, impulso de inventar las verdades con las cuales edificar sus universos impostergables. Lo hicieron y lo seguirán haciendo, desde la inmensidad de las desmesuras de los comandos dominantes, inventando también esa potencia propia que la naturaleza gemina de las cosas, fue edificando, en esta la postura social del antagonismo de los explotados, frente a esa naturaleza opresiva a derrumbar. Es de nuevo una invención social, que la multitud fabrica, en cada fórmula de su propia significación.

No hay ninguna composición humana preestablecida, originaria. No se sostiene ya la arcaica construcción de “una naturaleza humana” dada desde su origen y para siempre.

Hasta el testimonio inicial de cada conformación genética procesara un destino histórico, vital, celular, histo fisiológico, psíquico, neurohormonal, deseante, en fin, de existencia como ser-ahí, o como síntesis de ser social, conforme su inserción infinita, en cada instante procesal requerible para inventar dicha existencia.

En términos foucaultianos, veinticinco años después de Rio, la verdadera naturaleza de las cosas, la verdad, el conocimiento de ella se construye desde la lucha, el combate, el resultado de ese combate, de forma tal que riesgo, impulso, asociación social, cooperación, antagonismo frente al poder dominante imperial, unidad en la identidad de los explotados allí, en ese proceso de historias comunes y de sociedades entre “los muchos” iguales en la clase, allí se inventa la verdad.

Esto no es instintivo, por el contrario; si hay instinto presente, será ponderado, medido, asumido o rechazado, ni lo uno ni lo otro por natural, sino porque como todo fenómeno, la verdad de las cosas debe ser inventada, porque ya es definitivo, que hoy no puede aceptarse sin más, su origen natural.

El mundo\* nuestro\*, no ofrece otras verdades proyectivas, que rechazar toda idea de continuidad histórica natural. Las verdades esperables, construibles, sociables en cuanto deben ser obra de los seres humanos explotados, desde las verdades imperiales, solo reconocen relaciones antagónicas, de ruptura con la continuidad del poder dominante.

Aquí las relaciones de los fenómenos sociales persistentes nos imponen una meditación intransferible. Se trata de la verdadera naturaleza de las cosas que devenían del reino de Dios y que lo referían, entre otros, pero ellos en excelencia, para mencionar tres salientes de tal verdad, Santo Tomás de Aquino, Rene Descartes y Emanuel Kant.

Tres referencias obligadas o indispensables, en el conocimiento de la verdad de las cosas para nuestro mundo occidental, que hicieron de Dios, el principio que edifica una armonía entre los fenómenos y las verdades que la deidad garantiza. La existencia de Dios, con la multiplicidad de sus atributos, apacigua y verifica la verdad de las cosas en el mundo.

Pero esta quietud beatífica en el mundo contemporáneo, y aún antes, se ha visto perturbada por la significación intransferible, insoslayable, de las relaciones sociales de poder, de violencia, que a medida que el comando imperial percibe el peligro de su inestabilidad, acrecienta, e impone como su condición frente a su propia naturaleza de la verdad imperial.

Y aquí deviene ese grito estremecedor del loco, que Nietzsche ha de utilizar para informar que Dios ha muerto.

Pero la situación se torna aún más dramática, porque es el momento en que Foucault, nos señala que no solo asistimos a la desaparición de Dios, casi inaceptable para nuestro imaginario de invención infantil casi siempre, sino que también se trata “del sujeto, en su unidad y en su soberanía...” (M. Foucault. Ídem pág. 179).

Entonces será el momento de convocar a Rene Descartes, como quien dice a uno de los fundadores del pensamiento moderno y lo hacemos un poco más allá de los trescientos años de haber publicado el discurso del método, en 1.637.

En este caso la historia de las ideas verdaderas del mundo, no pueden olvidar, que la obra aparecerá en tiempos de incertidumbre, desarraigos y ejecuciones trágicas, como consecuencia del cuestionamiento teórico-filosófico de la unidad de la concepción religiosa, como de la síntesis unificada de las ideas políticas, culturales y de la cosmovisión, que se instalara en los siglos XV y XVI. De allí el recuerdo de censuras despóticas y sangrientas; de inquisición, torturas y muertes, cárceles y supresiones intelectuales, acosando a quienes transgredían u olvidaban las normas de la “auctoritas”.

Descartes sabía de su irrespetuosidad a semejante autoridad dominante, tanto como el mismo Baruch Espinoza, en igual sentido y ninguno de ellos desconocía las persecuciones, juicios y ejecuciones, que pueden significárselas en los martirios de Giordano Bruno, Galileo Galilei, o en la interminable orgía sangrienta de la noche de San Bartolomé. Así lo recuerda; y aplaza 4 años la publicación del Discurso del método (1.637) y como el mismo lo reconoce omite en el texto la parte de su teoría física, “... con el fin de no perturbar a los “doctos”, con los que no deseo indisponerme...” Elige a LEYDE (Holanda) y no Paris, ni ninguna ciudad de Francia para tal publicación y ofrece la obra “para bien llevar la razón y buscar la verdad en las ciencias”; y notablemente, sin nombre de autor.

La invención de la verdad, en este caso la cartesiana, como la de hoy y la de siempre, estuvo y habrá de estar antagonizando al dominio despótico, entonces, el de “...solo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios...” y ahora solo un poder imperial, globalizado, mercantilizado bajo comando único, empresarial transnacionalizado y militarizado bajo dominio, desmesurado y centralizado.

El sujeto también se enfrenta con su antagónica condición de existencia, en tanto la verdad inventada, aleja la comprensión armónica de su reinado.

Es entonces en la verdad, en el conocimiento, que se instala un complejo sistema de lucha por el poder para su desarrollo.

Descartes había percibido en su temor, casi sería serio decir, en su terror intelectual, que ante el advenimiento de la verdad, se ha de desplegar sin falta, eso que ahora M. Foucault llama “una política de la verdad”, y allí nadie ofrece piedad para el entendimiento de quienes advierten el campo de la lucha, como la señalaría E. Kant.

Aquí reside la instancia suprema del entendimiento para con la construcción de la verdad.

Es que se hace obligada la percepción de la desaparición, no solo de la “verdad en sí”, sino, la del sujeto, aun ese destello del “sujeto en sí” cartesiano.

El conocimiento en sí, como la propia construcción de ser, del sujeto en sí, no admite la creencia metonímica de una naturaleza del conocimiento, ni del sujeto que lo esgrime. Ambos

fueron, son y habrán de ser, en todo tiempo y espacio, el resultado histórico, específico de condiciones, que no son del orden de la verdad, en sí ni del sujeto en sí mismo.

Aquí se desliza históricamente la significación de los fenómenos, de las cosas ordenadas en la antagonización ineludible, en que el mundo de la producción, del imperio dominante, impone el régimen de la subsunción integral de las mismas y entonces de su conocimiento o verdad específica y real. Así, las cosas y la verdad de las mismas, serán solo expresión del resultado antagónico, del acontecimiento, el efecto que otorga la condición estructural de toda producción social.

La verdadera naturaleza de las cosas, en la que los seres humanos están incluidos, de vienen de la lucha antagónica, del conflicto social; ellas son el efecto de tal combate histórico-social.

Floreal A. Ferrara, enero del 2006.